

Recensiones

ANNALES (*Economies, Sociétés, Civilisations*). Números 5-6 (París, 1978).
Número especial dedicado a la Antropología Histórica de las Sociedades Andinas.

El presente número de *Annales* tiene un gran interés, ya que se trata de una selección de artículos dedicada por entero a las sociedades andinas. Es una prestigiosa revista de amplia difusión en el mundo de las ciencias sociales. No pretende, por lo tanto, dirigirse al especialista en temas andinos, sino presentar a un público más amplio una puesta al día de lo que se conoce, como así también todas las dudas y preguntas que quedan por resolver. El número fue dirigido por John Murra y Nathan Wachtel.

Creemos que el resultado es un trabajo importante. La información, producto de numerosos trabajos de campo e investigación en archivos (ya que se presentan trabajos de arqueólogos, etnólogos, historiadores y geógrafos) es muy valiosa, pero rescatamos por encima de ellas las preguntas que se plantean, sugerentes no sólo para el estudioso de los temas andinos, sino para aquellos que se ocupan de otras áreas y sociedades del mundo.

El número está dividido en cinco partes. La I (Ecología y Sociedad) y la II (El Estado inca y las etnias) tratan los problemas de organización del espacio y las relaciones entre las jefaturas y el Estado inca. Las partes III y IV tratan de los sistemas de clasificación y de las prácticas simbólicas, respectivamente. La parte V, la desintegración progresiva de los grupos étnicos y la emergencia de la noción de comunidad.

Olivier Dolfus («Les Andes Intertropicales: Une mosaïque changeante») muestra cómo elementos y características del medio que son totalmente adversos para una sociedad urbana pueden resultar favorables a una sociedad no-urbana que sepa aprovechar la diversidad ecológica dando lugar a múltiples e ingeniosas soluciones.

A. M. Lorandi («Les 'horizons' Andins: critique d'un modèle»). A pesar de las evidentes diferencias entre los tres horizontes andinos (Chavin, Huari y Tiwanaco, Inca), éstos comparten numerosas características comunes, siendo una de las más importantes la organización de la producción sobre el terreno, donde el Estado aseguraba la redistribución de los productos.

John Murra («La Guerre et les Rébellions dans l'Expansion de l'Etat Inka») señala que las necesidades de expansión del Tawantinsuyu y de mantenimiento, al mismo tiempo, del orden interno dieron lugar a innovaciones (paso del sistema de mit'a —rotación cíclica— para incorporarse al ejército a la especialización de algunas etnias con el mismo fin) que provocaron transformaciones estructurales más profundas.

Jean Berthelot («L'Exploitation des Métaux Précieux au Temps des Incas») presenta una síntesis de gran interés donde recoge los aspectos más destacados de la explotación de metales, desde la cuestión administrativa y distribución de la fuerza de trabajo, la participación estatal en el control de la explotación hasta la especificación de las técnicas utilizadas, para concluir con la función simbólica de los metales (tanto política como religiosa).

La diacronización de las fuentes etnohistóricas le permiten a Frank Salomon («Systèmes Politiques Verticaux aux Marches de l'Empire Inca») analizar el sistema político inca no como una estructura ideal, sino como un proceso de transformación histórica. Para esto toma las regiones de Pasto y Carchi, Otavalo, Quito y Riobamba, que si bien son ecológicamente similares, tenían un diferente grado de integración estatal.

J. A. Flores Ochoa («Classification et Dénomination des Camélidés Sud-Américains») realiza una etnoclasificación actual de los camélidos que da como resultado una cantidad cercana a los 20.000 nombres descriptivos (cifra muy superior a la que tiene o puede tener cada pastor), que hablan del nivel y eficacia de la organización pastoral andina.

Un trabajo muy interesante y sugestivo es el de Verónica Cereceda («Sémiologie des Tissus Andins: les Talegas d'Isluga»), quien intenta develar el lenguaje de los tejidos andinos a través del estudio de las talegas del norte de Chile.

Tom Zuidema («Lieux Sacrés et Irrigation: Tradition Historique, Mythes et Rituels au Cuzco») hace una reinterpretación de los conceptos incaicos de organización social, siguiendo la línea de los ceques. Marca una correspondencia entre la red hidrográfica y los sistemas de

irrigación con la distribución de los grupos sociales y su organización ritual. Pasa entonces de una dimensión vertical-temporal a otra horizontal y topográfica a partir de las fuentes en las que se confunden mito e historia.

Tristan Platt («Symétries en Miroir. Le Concept de Yanantin chez les Macha de Bolivie») se propone mostrar que el modelo cuatripartito puede dar cuenta de la organización vertical del espacio andino, uniendo así las direcciones de investigación inauguradas por Murra y Zuidema. Analiza la lógica binaria que constituye la matriz simbólica de la representación cuatripartita.

A su vez, Olivia Harris («De l'Asymétrie au Triangle. Transformations Symboliques au Nord de Potosi») bosqueja las formas del simbolismo laymi e indica las transformaciones por las cuales se ligan con las de los macha.

Nathan Wachtel («Hommes d'Eau: le Problème Uru, XVI^e-XVII^e siècle») realiza un estudio sobre los urus, hoy casi extinguidos, a lo largo de los siglos XVI y XVII, diferenciando los procesos particulares en los cuales se combinaron la aculturación con la marginalidad, dando lugar a lo que el autor llama un «mito etnográfico».

Thierry Saignes («De la Filiation a la Résidence: les Ethnies dans les Vallées de Larecaja») estudia la ruptura de los lazos de solidaridad étnicos entre la puna y el valle por la llegada de los españoles, transformándose el sistema vertical en horizontal, o, en otras palabras, se pasa de la filiación a la residencia. Las características especiales de los valles provocaron la desarticulación de la población mucho más rápidamente que en la puna.

Antoinette Fioravanti-Molinié («La Communauté Aujourd'hui») hace una revisión de la noción de «comunidad» en su escala espacial y temporal a través del estudio de tres ejemplos diferentes que cuestionan la homogeneidad que el concepto mismo propone. Este último integra erróneamente ciertas sociedades andinas y olvida por completo su evolución histórica.

En síntesis, nos encontramos ante un valioso aporte al estudio de los temas andinos, que se completa con una nutrida y seleccionada bibliografía.

Liliana GOLDIN

MORENO, Isidoro: *Cultura y modos de producción. Una visión de la antropología desde el materialismo histórico*. Editorial Nuestra Cultura, Madrid, 1978, 231 pp.

El nombre de Isidoro Moreno suele ir acompañado de apasionadas polémicas, tanto por parte de sus defensores como por quienes le censuran, y esto debe considerarse positivamente, sobre todo si tenemos

en cuenta la languidez con que transcurre la existencia de la Antropología en España.

Sin dejar de ser ciertas las acusaciones que se le hacen de estar marcado por el estigma de una militancia política (que, además, es minoritaria en todo Occidente), no es menos cierto que todo antropólogo está marcado por una interminable serie de limitaciones biológicas y culturales, en cuanto miembro de ciertos grupos, subgrupos o clase social: incluso deja huella el hecho de no pertenecer a unos u otros grupos socioculturales. Y si nadie está exento de filias más o menos de moda, las acusaciones de esta índole se caen por su propio peso.

Dos cosas hay ciertas en esta polémica: en primer lugar, que la virulencia de los ataques del autor contra todos los no marxistas suele tornarse retroactiva, y, en segundo lugar, que el hecho de que un autor sea capaz de objetivar e internalizar las premisas y condicionamiento de su teoría, de su método y de las condiciones de su trabajo, muestra una madurez —en este caso muy fértil— no tan frecuente como cabría esperar en Antropología, a la vez que facilita la crítica y posterior superación del propio autor.

La importancia de los problemas metodológicos y la osadía del autor en tocar temas éticos considerados en los círculos académicos españoles y extranjeros como tabúes incestuosos entre la Antropología y el antropólogo, provocan polémicas que rebasan lo científico y trascienden más allá del círculo académico sevillano. Por ello, la importancia de este autor merece algo más que la notificación de dicha polémica en la tímida —y a veces accidental— presencia de una reseña bibliográfica. En todo caso, queda reflejado así el entorno que rodea la aparición de este su último libro, cuya reseña presentamos con un año de retraso desde su publicación.

Esta obra viene a ordenar más sistemáticamente y a completar de forma más generalizada una preocupación que ya mostraba en artículos como «La investigación antropológica en España» (Primera Reunión de Antropólogos Españoles), «La Antropología en Andalucía. Desarrollo histórico y estado actual de las investigaciones» (*Ethnica*, número 1), o «El trabajo de campo etnológico en España y el problema de la elección de comunidad» (*Ethnica*, núm. 3). Se trata del incómodo empeño en intentar hacer de la Antropología una ciencia que se eleve del nivel meramente descriptivo, empeño a veces temido y no siempre compartido entre los antropólogos españoles.

Con esta ambiciosa orientación emprende un camino iniciado con propósitos muy diversos, entre otros, por G. Leclerc en *Antropología y colonialismo* y M. Harris en su *Desarrollo de la teoría antropológica* (este último de muy reciente aparición al mercado castellano), en el que se trata de hacer un estudio antropológico de la Antropología, aunque en el caso de esta obra de I. Moreno se trata más bien de un

análisis epistemológico de la Antropología y un estudio antropológico de la relación entre antropólogos y Antropología, con aportaciones de gran interés en ambos casos.

El libro se compone de dos partes complementarias. En la primera, con el título de «El proceso de construcción histórica de la Antropología», expone las condiciones históricas que dominaron en el origen de la Antropología y la existencia de las diversas escuelas, haciendo especial hincapié en el predominio de componente ideológicos o científicos, a la vez que se hace una crítica metodológica en cada caso. Su fértil crítica destructiva, quizá excesivamente breve en las últimas escuelas, abre una serie de perspectivas que ya tienen en sí méritos propios.

Pero quizá el mayor interés del libro resida en que en la segunda parte, con el título «La redefinición del objeto de la Antropología», el autor acomete la difícil tarea de reconstrucción de lo anteriormente destruido. Aquí encontramos una elaboración epistemológica que marca un hito en la Antropología española, no sólo porque nadie había hecho una construcción teórica y metodológica de esta envergadura, sino porque además aporta perspectivas enriquecedoras a los estudios microscópicos que ya existían. Esta elaboración se ocupa tanto del objeto como de la teoría y la metodología mínima necesaria para que la Antropología adquiera rigor científico: sólo partiendo de la observación empírica es posible hacer del estudio de la cultura una ciencia, y para ello es necesario no olvidar en ningún instante el método comparativo, so pena de caer en un particularismo poético, amenamente nevesco y oníricamente idealista, pero que nada tiene que ver con la construcción de una ciencia que supere lo meramente descriptivo.

No vamos a descubrir aquí que el materialismo histórico ha sido y es, más que fundamental, imprescindible en el desarrollo de la Antropología como ciencia, pero quizá este libro minusvalore la cientificidad de las últimas tendencias aparecidas en Antropología. También es necesario señalar, dado el contexto que rodea al autor, que se encuentran algunas disonancias desagradables en defensa del marxismo sociopolítico y que no son del todo oportunas para el cientifismo de esta materia. Pero esto debe ser valorado justamente, en el sentido de que, si en la audición de un concierto magistral se escuchan toses, por muy desagradable que sea su efecto, la audición puede no ser perfecta, pero nadie podrá negar la genialidad de la obra.

LEONCIO CARRETERO COLLADO

PONS, José; TURBÓN, Daniel, y otros: *Perspectivas de la antropología española*. Akal Editor, Madrid, 1978. Prólogo, Miguel Rivera Dorado. 333 pp.

El presente libro es una recopilación de los resultados de los trabajos de investigación de veintiún antropólogos pertenecientes a dos

campos de la Antropología: la física y la cultural; recopilación que se complementa con la presentada en otro libro publicado en 1977 con el título de *Antropología de España y América* por la Editorial Dosbe, y que pretende dar una visión de conjunto de todas las tendencias —más bien microescuelas— de la Antropología cultural española.

La colección de artículos de este libro, publicado por Akal en 1978, es perfectamente representativa del estado de la Antropología en nuestro país, por lo que tiene enorme interés y su lectura se hace imprescindible para todo académico y aficionado en la materia. Pero es necesario aclarar, ya que el título del libro podría hacer esperar otras pretensiones para algunos, que se trata en realidad de una colección de artículos independientes entre sí, más que de las posibles pretensiones que pudiera sugerir el título.

En este sentido, hay que decir que los artículos son todos de gran interés y se ocupan de los más diversos temas con una solvencia meritoria, pero teniendo en cuenta que cada artículo termina en sí mismo y no se debe esperar relaciones de intereses o propósitos comunes, sino el resultado de la investigación individual y aislada de cada uno de los articulistas. En realidad, el título de *Perspectivas de la Antropología Española* debería corresponder únicamente y con propiedad al magistral «prólogo» de Miguel Rivera Dorado, que es, sin duda, lo más destacable dentro de esa excelente tónica de todos los autores contribuyentes.

Este prólogo, que no tiene desperdicio pese a su brevedad, expone el pasado y analiza el presente de las diversas y enconadas antropologías en España, recuerda la imperiosa necesidad de distinguir claramente la Antropología científica de la filosófica, llama a colaborar estrechamente a las Antropologías cultural y biológica con sus respectivas parcelas o ramificaciones, e insiste en las reivindicaciones académicas y sociales que deben hacer los antropólogos para que la Antropología alcance en España una existencia real y efectiva que salga más allá de los raquíticos círculos académicos en que se halla enclaustrada y aporte sus conocimientos a la convivencia social española. La necesidad, importancia y oportunidad de exposición y estos llamamientos reside no sólo en la dificultad de atinar a llamar a cada cosa por su nombre y la luz que ello puede arrojar sobre el tema, sino también en que —como todo iniciado bien sabe— existe una sospechosa propensión a olvidarse de todo esto, a veces por ineptitud y comodidad, y sobre todo por indolencia, cosas ambas muy peligrosas para la precaria existencia de la Antropología en España.

Por otro lado, dada la excesiva extensión que llevaría comentar los diecisiete artículos restantes, aprovechamos para hacer un llamamiento para que en otra ocasión los antropólogos españoles intenten abundar en las perspectivas metodológicas y en una teoría más general

de la Antropología, con el fin de aclarar mejor el confucionismo existente en España y de que nuestra Antropología pueda codearse dignamente con la de los demás países, tanto a nivel teórico y metodológico como académico. Esto abriría muchas más perspectivas que los innumerables estudios microscópicos a los que parece estar abocada perennemente nuestra Antropología, sin que por ello éstos deban ser menospreciados.

LEONCIO CARRETERO COLLADO

PINO DÍAZ, Fermín del: *Antropólogos en el exilio*. Separata de *El Exilio Español de 1939*. Taurus Ediciones, Madrid, 1978. Tomo VI, pp. 13-155.

El estudio que aquí se presenta forma parte de una extensa obra compilada por el profesor José Luis Abellán bajo el título general de *El exilio español de 1939*; en ella se pretende ofrecer al investigador una serie de trabajos que pongan de manifiesto el carácter de la emigración republicana de 1939 y donde, asimismo, se recojan las aportaciones que, en las diversas áreas de las ciencias y las letras, han realizado los exiliados españoles en los diferentes países que les dieron acogida.

Es evidente la falta de una historia de la Antropología española, y si bien se pueden perfilar algunas líneas de su desarrollo, quedan todavía muchos puntos oscuros y lagunas. La labor del doctor Fermín del Pino, tanto por su dedicación a los tratadistas españoles del siglo XVI como —en esta ocasión— con la publicación del estudio que se presenta, viene a aclarar alguno de esos puntos oscuros.

Los datos que ofrece el autor se refieren a once investigadores de diversas especialidades antropológicas; uno de ellos, Fernando Ortiz, no es español, pero su inclusión en la serie está sobradamente justificada. Encabeza la relación Bernaldo de Quirós y Pérez, seguido por los hermanos Martínez Torner y su discípulo Jesús Bay y Gay. A continuación se trazan algunos perfiles de Pedro Bosch Gimpera, José Miguel Barandiarán, Salvador Canals Frau y el recientemente fallecido Juan Comas Camps. Finalmente, presenta el autor los datos referentes a Santiago Genovés y los de la señora de Díaz Ungría, Adelaida González Almejún, única representante femenina de este grupo.

Además de información extraída de documentos, el material que presenta el doctor Del Pino es en gran parte de primera mano, ya que procede en algunos casos de conversaciones personales y, en otros, de un intercambio de correspondencia, lo cual aumenta el valor e interés de este trabajo.

RAFAEL DÍAZ MADERUELO

FREYRE, Gilberto: *Casa-Grande y Senzala. Introducción a la historia de la sociedad patriarcal en el Brasil*. Prólogo de Darcy Ribeiro. Traducción de Benjamín de Garay y Lucrecia Manduca. Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1977. XLII, 567 pp.

En 1974, con motivo del sesquicentenario de la batalla de Ayacucho, el gobierno venezolano puso en marcha un importante proyecto editorial: la creación de la Biblioteca Ayacucho, que viene a ampliar el repertorio bibliográfico americanista tanto en su vertiente historiográfica como en lo que se refiere a ciencias sociales.

Dentro de este marco editorial ha aparecido en 1977 el libro *Casa-Grande y Senzala*, del investigador brasileño Gilberto Freyre, cuya presentación parecería ociosa, pues la obra es suficientemente conocida internacionalmente. Si se reseña ahora esta nueva edición en castellano es en virtud de que recoge las últimas revisiones que el autor hizo sobre el original de 1933. En efecto, la edición que aquí se comenta tiene como base la llevada a cabo en Buenos Aires por el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública en 1942, que contenía la versión española de Benjamín de Garay y se completaba con una introducción de Ricardo Sáenz Hayes. A este texto se añaden ahora las revisiones que desde 1943 realizó el autor y, asimismo, se incluye un prólogo de Darcy Ribeiro, quien sitúa al investigador recifense y a su obra en el contexto de la orientación de las ciencias sociales en su época, tanto en Brasil como internacionalmente, y que completa su presentación con un apéndice en forma de cronología, donde se recogen las obras de Gilberto Freyre y los aspectos más relevantes de su biografía.

A lo largo de los cinco capítulos que componen *Casa-Grande y Senzala*, Freyre nos pone en condiciones de establecer las coordenadas por las que discurrió la formación de la sociedad brasileña, cuya variedad somática actual no es sino un reflejo del amplio proceso de mestizaje sociocultural realizado a partir de tres elementos primordiales: el indígena, el portugués y el negro. El autor no se limita a enumerar las relativas estructuras socioculturales de esas poblaciones básicas, sino que, al tomar como hilo conductor de su estudio la vida familiar del «Senhor de Engenho» en la llamada «casa-grande», y la vida de las personas que bajo su dependencia habitaban la «Senzala» (alojamiento de los esclavos), pone en relación los diferentes segmentos de población y sus respectivas mentalidades a lo largo del período colonial, en el marco económico del monocultivo del azúcar, ofreciendo con ello un modelo ciertamente procesual de la sociedad, en este caso brasileña, cuya visión se adelanta a algunas concepciones más recientes.

Gilberto Freyre, discípulo, entre otros, de Seligman, Boas, Giddins, Dewey, afirmaba en su juventud: «Si pudiese llegar a ser alguien, no es sociólogo ni antropólogo ni historiador lo que deseo ser... Es obra de escritor que se sirva de su formación en parte científica, en parte

humanística, para ser escritor.» Como testimonio de esa vocación literaria, *Casa-Grande y Senzala* no es sólo una obra básica para entender el desarrollo histórico del Brasil, sino que, junto con *Sobrados e Mucambos* y *Orden y Progreso*, constituye un amplio tratado de sociología rural y urbana, escrito con bello estilo y sin la aridez y grandilocuencia presentes con frecuencia en obras de este género.

Rafael DÍAZ MADERUELO

COE, Michael D.: *Lords of the Underworld. Masterpieces of Classic Maya Ceramics*. The Art Museum: Princeton University. Princeton University Press. Princeton, New Jersey, 1978. 142 pp. y 40 láminas.

Con ojos de asombro, admiración y un punto de incredulidad, asistimos los americanistas desde hace dos décadas al espectáculo de la revisión profunda de lo que fue durante un siglo el *corpus* de dogmas relativo a la cultura de los mayas antiguos. Complejos de ideas sobre los sucesivos imperios de las tierras bajas, el carácter pacífico de la sociedad, las grandes migraciones que siguieron al nunca explicado hundimiento de la civilización clásica, la función de las pirámides templarias, el significado de las estelas y de los textos labrados en ellas, la supuesta triple alianza de las ciudades-estado septentrionales, han sido barridos por las modernas investigaciones sin que sus promotores y portavoces —los que aún viven o se sienten discípulos de aquéllos— hayan rasgado sus vestiduras u optado por la controversia encarnizada. Desde esta vertiginosa perspectiva, se han levantado algunas voces moderadoras —la más autorizada, sin duda, la de Eric Thompson en los últimos años de su vida— que no rechazan lo que de positivo y estimulante hay en los nuevos e imaginativos enfoques, pero que aconsejan, antes de ir más adelante, dejar asentados firmemente los peldaños iniciales.

Una parte de la obra reciente del arqueólogo Michael D. Coe se enmarca en esta corriente revisionista e innovadora. Me refiero a los tres estudios publicados sobre iconografía cerámica (*The Maya Scribe and his World*, Grolier Club, New York, 1973; *Classic Maya Pottery at Dumbarton Oaks*, Dumbarton Oaks, Washington, 1975, y *Lords of the Underworld*, Princeton University, Princeton, 1978) que han venido a llenar una larga laguna: la ausencia de investigaciones rigurosas y sistemáticas sobre representaciones en cerámica pictórica, y a plantear interrogantes en torno a la naturaleza y sentido de los hermosos recipientes clásicos. Esto último dicho sea como una primera observación crítica, puesto que para Coe existe suficiente evidencia para afirmar rotundamente que todas esas obras de arte fueron ejecutadas con un simple propósito: ser colocadas cerca del difunto y para su mayor gloria, y una última función: expresar un gran ciclo mítico que

preparase al muerto para la espantosa jornada en el inframundo. Los vasos mayas se convierten, por tanto, en algo semejante al Libro de los Muertos egipcio o al Bardo Thodol tibetano: narran y aconsejan, mediante imágenes realistas y escritura jeroglífica, el viaje iniciático al más allá y las fórmulas para una repetición del primer tránsito contenido en el mito original. El arquetipo es para Coe la famosa peregrinación de los gemelos, Hunahpu y Xbalanque, al oscuro reino de Xibalba, del cual nos da noticia tardía el Popol Vuh de los quichés del altiplano.

Como era lógico esperar, en los ensayos de interpretación del autor sobre veinte vasijas del catálogo de Princeton, se identifican abundantes símbolos funerarios y personajes divinos especializados en macabros cometidos. El dios L y el dios N son probablemente los más representados, quizá los señores del noveno mundo infernal, y con ellos el dios Jaguar del Inframundo, el dios K, el Monstruo Cauac, Itzamná, los jóvenes dioses gemelos, en escenas que sugieren ritos de paso sobre avatares sucesivos de los protagonistas. Un universo, en fin, de enorme riqueza conceptual y cuya exploración no ha hecho más que comenzar. Sea o no funerario el destino de la mayoría de los vasos escenográficos manufacturados entre los siglos VII y X de nuestra era —y no hay que olvidar que algunos aparecen a su vez como elementos de las escenas de corte—, lo cierto es que en las colecciones estudiadas por Coe se aprecia acentuado ese carácter necrológico.

Otra cuestión es la que se refiere a la metodología empleada y a su posible servidumbre respecto a la hipótesis general. Coe se adentra en la interpretación llevando como bagaje la muy larga experiencia de la iconología maya. Su procedimiento acepta sin mayor crítica los resultados generales a que llegaron Seler, Beyer, Spinden, Berlin, Proskouriakoff, Kubler, Rands y tantos otros mayistas cuya base era fenomenológica y partía de un cotejo asistemático entre fuentes escritas y motivos pictográficos, y que cuenta como ejemplo culminante con esa obra magna que es *A Commentary on the Dresden Codex* de Eric Thompson. En este sentido, se asume la unidad de Mesoamérica como área de co-tradición y la pervivencia y vigencia de los viejos modelos mitológicos conformados en el despertar del período Clásico. Es también lo que proponen Séjourné para Teotihuacan y Kinzhálov para los olmecas: cualquier fuente es útil con tal de que persista y se refuerce la coherencia de la argumentación. Pero el defecto de tal enfoque es que no define las unidades mínimas de significado, que no advierte la polisemia de algunos signos ni llega a establecer las estructuras básicas que subyacen en los diferentes contextos. Su peligro, en otras palabras, es que, aun aceptando que los iconos se engarzan en un lenguaje, renuncia a desvelar la gramática que los ordena. Coe trata los signos y las imágenes como significantes aislados, estableciendo sus límites intuitiva y arbitrariamente; procura hallar el sentido de

las escenas mediante el agregado y la reiteración de las unidades así definidas y, por lo demás, no pone especial empeño en justificar determinadas ausencias ni las esperadas variantes temáticas.

Con todo ello, y no obstante nuestras reservas, la obra que comentamos es una aportación fundamental a la mayística contemporánea. Hay muchas razones para considerarla así, entre ellas lo que supone de inteligente rescate para la Arqueología de piezas de colección (cuyo origen y posición cronológica son desconocidos o dudosos) sólo aprovechables anteriormente para el goce estético, el gran estímulo para la imaginación de unas interpretaciones que preludian un debate fructífero sobre el mundo de creencias de los mayas, la rica erudición puesta en juego que permanecerá como un arsenal de datos e informaciones, su carácter pionero en la empresa de constituir una hermenéutica de la cerámica —si bien no es por el tejado por donde debe iniciarse la construcción de ese edificio— y, en fin, la capacidad del autor para conducirnos por una reflexión llena de escollos hacia el mejor conocimiento del espíritu de una vieja civilización. De la lectura de estas últimas obras de Michael Coe no se puede salir indiferente y si, como él afirma, existen todavía cientos de vasos esotéricos con las mismas cualidades en colecciones públicas y privadas de todo el mundo, proseguir en su investigación es, a mi juicio, uno de los objetivos perentorios con que se puede enfrentar la arqueología de Mesoamérica.

Mención final merece la técnica desarrollada por Justin Kerr para captar fotográficamente en su totalidad las escenas de las vasijas. A través de ella, contamos por vez primera en *Lords of the Underworld* con reproducciones fieles y completas que no se deben a la pluma y los colores del dibujante. Parece que toda tergiversación queda así desechada y el resultado es que los científicos pueden estudiar los materiales casi con las mismas ventajas que ofrecería tener la pieza original a mano. La muy cuidada edición de Princeton University Press pone de manifiesto una vez más la habilidad con que en Estados Unidos se armoniza la calidad técnica y la belleza bibliográfica.

Miguel RIVERA DORADO

Hess, Rémi: *La pedagogía institucional, hoy*. Narcea, S. A., de Ediciones, Madrid, 1976. 112 pp.

Al ponerme a hacer esta recensión se me planteó la duda de si revelar una de las obras-llave de mi actual investigación para la tesis doctoral. ¡Hasta tal punto llega la internalización de la propiedad intelectual! Sirvan estas líneas como modesta aportación a la paulatina

supresión de esa propiedad. Sirva mi actual compromiso analítico con una «pedagogía implicacional» como paso hacia colectivos que, trabajando en «pedagogía institucional», «intervengan» mediante la crítica radical en las situaciones académicas que nos roban imaginación y palabra.

Rémi Hess sitúa el nacimiento de la «pedagogía institucional» en la Francia de 1963, consciente de que la expresión, como señaló G. Michaud, es original de Jean Oury (1960). La pedagogía institucional es fruto de una confluencia policausal, en la que los principales elementos son los planteamientos pedagógicos surgidos de la aplicación del Movimiento Freinet a los sistemas socioculturales urbanos (fundamentalmente a partir de la creación del Grupo de Pedagogía Institucional [1964] y del surgimiento del Grupo de Educación Terapéutica [GET, Fernand Oury, 1964], desde el Grupo de Técnicos Educativos) y las aportaciones de los enfoques clínicos de las ciencias humanas: psicoterapia institucional, psicoanálisis y movimientos de grupos (las influencias de Freud, Lewin y Moreno, entre otros, son explícitamente reconocidas con frecuencia). La confluencia se da en un marco político de crítica de la burocracia en el que abundan los elementos trostkistas y anarquistas que el mayo del 68 verá estallar. En la actualidad, el principal reto para los trabajadores de la pedagogía institucional es el movimiento de grupos que, surgido fundamentalmente en Norteamérica, a partir del trabajo de W. Reich, se concreta en torno a los conceptos de bioenergética y potencial humano. También crece, cada vez más, el ataque a estos trabajadores desde los poderes académicos y desde las instituciones políticas (los partidos), como demuestra la historia reciente del Departamento de Ciencias de la Educación de Vincennes (Lobrot, Grauer, Lapassade, Lourau, etc.).

El libro de Rémi Hess, como haciendo suya la sugerencia de que la definición es narración o no es, aborda toda la corriente de la pedagogía institucional desde los procesos genéticos que la hacen posible, desde los hombres y las instituciones, a las obras, las unidades de análisis (institución: instituyente-instituido; grupo; transversalidad; analizador-analistas; intervención, etc.), y los acontecimientos y resultados. El aspecto más «formal» del libro (quizá el más atractivo para un lector conocedor de las corrientes del análisis institucional y de la pedagogía institucional) es la magnífica bibliografía que incluye, en la que sólo echamos de menos a algunos autores americanos básicos de la bioenergética y el potencial humano.

El método, muy etnográfico o muy sugerente para cualquier etnógrafo, sitúa el análisis de las instituciones en un enfoque global nuevo. Las referencias y las asociaciones son frecuentes. El factor corporal recuerda a Marcel Mauss y sus «técnicas del cuerpo». La transversalidad aporta dimensiones operativas a la consideración de los sistemas

de roles. La intervención lanza su respuesta a la cuestión del compromiso del antropólogo. Junto a esto, las llamadas de atención sobre los mecanismos del poder y las vías de la comunicación, en las instituciones y entre los grupos, acentúan la necesidad de la interdisciplinariedad para la renovación de los Departamentos-estanco antropológicos.

En la espera de que este libro colabore en el imprescindible despertar de algunas actitudes y abra una nueva y atractiva vía de análisis, recojo, para acabar, las últimas líneas del texto de Rémi Hess: «A pesar de su gran difusión en el campo de las ideas, la pedagogía institucional no está todavía totalmente integrada en el conjunto del dispositivo institucional. Por otra parte, como declaraba un jefe de gabinete del Secretariado de Estado para las Universidades: *¿Por qué pretendéis el reconocimiento de personas que quieren destruir nuestras instituciones?*»

Carlos María CARAVANTES GARCÍA

ICHON, Alain: *Les Sculptures de La Lagunita. El Quiché, Guatemala*. Centre National de la Recherche Scientifique. RCP, 294. Institut d'Ethnologie. Ed. Piedra Santa, Guatemala, CA, 1977. 72 pp, con 57 ilustraciones.

La Arqueología guatemalteca de las tierras altas del norte ha permanecido hasta hoy casi desconocida, habiéndose realizado excavaciones sistemáticas tan sólo en tres sitios del altiplano norte: Nebaj, Zacualpa y Zaculeu. Hasta la actualidad, la cuenca del río Chixoy únicamente ha sido objeto de sucesivos reconocimientos arqueológicos y de alguna prospección ya antigua. Los trabajos que desde 1971 ha realizado la Misión Científica Francesa en los municipios de San Andrés Sajcabajá, Canillá y San Bartolomé Jocotenango —todos ellos en la zona norte del Departamento del Quiché— han conseguido paliar la carencia de información acerca de este área.

En sus más recientes investigaciones, Alan Ichon, responsable de campo de las últimas temporadas, ha trabajado sistemáticamente en el sitio de La Lagunita; centro que, tanto por su arquitectura como por sus manifestaciones escultóricas e, incluso, por su secuencia cerámica, ha resultado ser uno de los más interesantes de toda la región.

Ya en 1973, el autor, junto con el director de la Misión Francesa —Henri Lehmann—, había dado a conocer ciertas manifestaciones de la escultura del Departamento del Quiché a través de la revista *Objects et Mondes* (1973, XIII: 35-47, París). Sin embargo, la presente descripción es bastante más completa, ofreciéndonos un amplio informe tanto tipológico como cronológico de las esculturas de La Lagunita

La publicación, que está dividida en cinco capítulos, presenta, en los dos primeros, una somera descripción del medio ambiente en que se encuentra el sitio arqueológico y repasa, muy sumariamente, las excavaciones realizadas en 1973 y, sobre todo, durante la temporada de 1976-1977; a la vez que da cuenta de las manifestaciones arquitectónicas fundamentales encontradas en el sitio.

Con todo, el grueso del informe —que tiene un carácter preliminar— está dedicado a un minucioso catálogo de las esculturas encontradas en La Lagunita, así como a un intento de clasificación, el cual ha dado los siguientes resultados:

1. Esculturas de bulto redondo o alto relieve, que se han fechado en el Preclásico Tardío y, sobre todo, en el Clásico Temprano.
2. Estelas decoradas del estilo 1, que presentan rasgos que se remontan al Preclásico Medio y Preclásico Tardío.
3. Estelas decoradas del estilo 2, sarcófagos decorados y estelas no decoradas que pertenecen al Protoclásico o a principios del Clásico Temprano.
4. Sarcófagos no decorados fechados en el Clásico Temprano.

En resumen, el presente estudio, aun con todas las limitaciones lógicas que necesariamente conlleva la publicación de todo informe preliminar, nos da una evidencia de la ocupación del sitio desde el Preclásico Medio, período que conoció el apogeo del culto a las estelas que se continuó hacia finales del Preclásico Tardío, tiempo en que La Lagunita se yergue como un centro ceremonial de importancia en relación con el resto de la región. A finales de este período el culto a las estelas decae para dejar paso a un culto nuevo, relacionado con los sarcófagos monolíticos que son los más singulares de la región.

Esta ocupación preclásica se evidencia además por los restos de construcción y por el abundante material cerámico de que se dispone. Aunque aún no ha salido a la luz ningún informe sobre la cerámica de La Lagunita, las fechas de radiocarbono procesadas refuerzan la suposición de la existencia de una antigua población durante el Preclásico Medio y Tardío, la cual se continúa a través del Protoclásico hasta finales del Clásico Tardío.

El minucioso registro de datos, junto con un intento preliminar de establecer una cronología del sitio, y el establecimiento de una serie de influencias externas —desde las aportadas por Kaminaljuyu e Izapa a las corrientes teotihuacanas y de Cerro Las Mesas— que se basan puramente en afinidades estilísticas, es una valiosa aportación al cono-

cimiento arqueológico de otra región que ya había quedado alejada para los intereses de los estudiosos de la Arqueología guatemalteca.

Andrés CIUDAD RUIZ

PINTO GARCÍA, Constanco: *Los indios Katíos. Su cultura. Su lengua. Volumen I: La cultura Katía*. Com-Pas Ediciones. Medellín (Colombia), diciembre 1978. 475 pp.

El autor realizó en 1950 un diccionario katío-español/español-katío, en que apoyaba la inclusión del katío dentro de la familia lingüística caribe. Era, y sigue siendo, su obra más importante, pese a que otros investigadores, quizá con más datos comparativos, asocien el katío al chibcha y no al conjunto caribe.

El libro, cuya recensión nos ocupa por petición departamental, muestra sus aportaciones más originales en el campo semántico. A pesar de titularse, específicamente *La cultura katía*, el recorrido realizado por el sistema sociocultural, en setenta páginas (excluidos los temas mitológicos, toponímicos y antroponímicos), es excesivamente narrativo (abundan interpretaciones y faltan datos) y contiene demasiadas citas de otros autores, frente a los escasos datos procedentes de trabajo etnográfico.

La parte más interesante, la segunda, recoge, en más de doscientas páginas, diferentes temas mitológicos katíos rescatados en gran medida de fuentes bibliográficas «ya de difícil adquisición»: básicamente las obras de fray Severino de Santa Teresa (1924) y de la hermana María de Betania (1924). Con abundantes citas textuales de estos autores, y frecuentes aportaciones, cuadros comparativos y análisis propios, constituye el apartado más interesante y sugestivo del libro. Quizá su respeto a las narraciones limite la investigación original. El método estructuralista podría haber iluminado muchas zonas con una luz diferente. Las alusiones de Lévi-Strauss al «miocastor» que agujerea a un hombre (*De la miel a las cenizas*) y lo fecunda (*El hombre desnudo*) sugieren una posible orientación.

La toponimia y antroponimia katías, aunque desgajadas de una visión global del mundo que les diera sentido, no eluden riesgos y son interesantes, a pesar de sus lagunas (palabras de «significado desconocido») y de haberse ceñido demasiado al ámbito katío.

Sorprende que la «visión de la situación actual de los katíos», responsabilidad de Gonzalo M. de la Torre (miembro del equipo Com-Pas: Pastoral de Comunicaciones), se presente con una disculpa por no usar documentos ni «notas bibliográficas para corroborar las ideas expuestas», cuando «todo lo dicho se puede respaldar con hechos di-

rectamente vividos, observados, dialogados y estudiados durante seis años (1971-1976)». Parece que no se concediera validez a las técnicas etnográficas primarias.

Los problemas-soluciones planteados a la situación actual de los kátios manifiestan frecuentemente un enfoque etnocéntrico, no por la inclusión de juicios valorativos con este matiz, sino por la selección realizada: son los problemas que surgen en la relación misión-indígenas.

Las «conclusiones finales» (de hecho no concluyen) animan la labor misionera de ayuda al «plan de auténtica reconstrucción del indígena katio» y atacan, para defenderse de sus críticas, a funcionarios públicos y estudiosos. El peligro (parece inevitable) de la labor misionera consiste en el ataque a la médula del sistema cultural indígena. La ayuda no se entiende igual por las dos partes. Simeón Jiménez Turón, líder Ye'cuana (Venezuela), lo expresa (noviembre 1974) mejor y más duramente que yo:

«Ahora me refiero a lo que he visto y he sufrido acerca del trabajo de los misioneros. Los misioneros se sienten dueños nuestros y podemos afirmar que definitivamente no los queremos, puesto que al vivir entre nosotros actúan como si fueran nuestros amos; sus reacciones con nosotros están basadas en la amenaza y la característica principal de las mismas es lo que los antropólogos llaman etnocidio: interfieren en nuestra vida política, social y religiosa; cambian nuestras costumbres e intrigan enfrentando individuos contra grupos y dividiendo hermanos contra hermanos. Como hemos experimentado en carne propia las consecuencias del trabajo de los misioneros, podemos decir que no hay gente buena entre ellos; todos son malos, puesto que hacen falsas promesas. Nos explican que traen la palabra de Dios, y por haberles creído hemos sido engañados. Los misioneros entran en nuestros pueblos diciendo que todos somos hermanos, que no puede haber odio, que somos iguales blancos, indios, negros. Añaden que al ser todos hijos de Dios los que estamos en esta tierra, todos somos hermanos, que Dios los ha mandado a predicar su palabra.

Dicen que a Dios no le gusta la gente que insulta, ni la gente pretenziosa, mentirosa, envidiosa, celosa, injusta o usurera. Pero a pesar de todas estas predicaciones, ellos son soberbios porque creen que su Dios es superior al nuestro y que la cultura que tienen es mejor que la nuestra.»

Acaba el libro de Constancio Pinto con una advertencia metodológica a filólogos y lingüistas, y con una bibliografía en la que echamos en falta, sobre todo, el libro clasificatorio de Loukotka, el *Handbook of South American Indians*, o alguna mención más a especialistas, como pueda ser Ildefonso Gutiérrez Azopardo.

Carlos M. CARAVANTES GARCÍA

ROSTWOROWSKI DE DÍEZ CANSECO, María: *Señoríos indígenas de Lima y Canta*. [Lima, 1978]. Instituto de Estudios Peruanos. Serie: «Historia Andina». Número 7. Presentación de José Matos Mar. 280 pp. con cuadros esquemáticos, dos ilustraciones intercaladas, cinco mapas desplegables fuera de texto y numerosas transcripciones de documentos. Rústica.

El último volumen de «Historia Andina», la prestigiosa serie del Instituto de Estudios Peruanos, llegado a nosotros es un documentado y bien compuesto estudio de dos señoríos costeños, Lima y Canta, fruto de una larga labor de archivo, de reconocimientos del terreno y colofón de una clara trayectoria en la profundización de aspectos sociales y económicos de los grupos costeños del Perú prehispánico a partir de los más diversos testimonios, desde el mero detalle a la más global historia o crónica ofrecidas por los muchas veces ignorados, otras mal explotados fondos documentales inéditos o la más honesta historiografía, con el profundo respeto que María Rostworowski siempre ha manifestado por la Arqueología y que a su vez tantas hipótesis ha sugerido a los arqueólogos su estimable obra.

Como es habitual en esta serie, una breve y justa *Presentación* de José Matos Mar da paso a la *Introducción*, donde la autora, tras poner en entredicho la uniformidad que en lo tocante a organización y administración manifiestan la mayor parte de los cronistas al referirse al imperio de los *inka*, señala la complejidad y diversidad que un estudio científico aporta al respecto. Partiendo de las más diversas informaciones —desde los mitos a los resultados de la Arqueología y con un extenso empleo de documentación administrativa— ratifica, una vez más, el origen remoto de los señoríos costeños, su pervivencia en época incaica, las relaciones costa-sierra y las estructuras internas de los señoríos que ocupan diversos valles costeros, en un intento de restitución de su vida pasada.

La obra está dividida en dos partes, que corresponden a cada uno de los señoríos estudiados. En la primera se estudia el señorío de Lima, desde la casi mística expansión de los Yauyos, originarios de Tupe, en el alto Cañete, durante el Horizonte Medio, hasta su asentamiento en el valle de Lima, frenados por los atavillos y cantas en su expansión, señoreando una vasta región *yunga* y estableciéndose un intercambio cultural reflejado principalmente en la religión, con adopción de dioses y ritos *yungas* de la tierra de Pachacamac e imponiendo divinidades propias. Tras el somero estudio de la zona en épocas preincaica e incaica, para las que son escasas las fuentes y en las que es necesario el concurso de la Arqueología, se entra en la conquista española y en las reformas acaecidas durante la colonia, que tanto afectaron en apariencia a las poblaciones indígenas. Aprovechando al máximo las informaciones existentes sobre la zona, y tras la localización geográfica de

señoríos y curacazgos, se estudian en detalle los de Sulco, Guatca, Lima, Maranga, Amancaes y El Callao.

Nuevamente se insiste en la etnia yauyo, las gentes de Huarochiri, tan reacios a la conquista incaica que continuaron usando su propia lengua —el *Jaqaru*—, que en la época colonial se repartieron en cinco —quizá seis— *guarangas*, estudiadas una a una por la autora. Se establecen a continuación las correspondencias existentes entre la realidad registrada en los documentos y los mitos y leyendas legados por la tradición, en la que se pone de relieve una vez más la obsesión hidráulica de los antiguos limeños en un medio donde el control del agua suponía la posibilidad o imposibilidad de subsistencia y su dominio político hay que entenderlo en términos de dependencia.

Se cierra la primera parte de la obra con un breve estudio del señorío de Huaura durante el siglo XVI, curacazgo que a raíz de la conquista se dividió en dos encomiendas cuya visita y los pleitos a que dio lugar su beneficio aportan interesante documentación temprana; la autora ofrece un documento sobre Chancay que contiene información sobre Huaura, y uno de cuyos testigos es Domingo de Santo Tomás, tan gran conocedor de los pueblos *yungas* como curioso y hábil para inquirir datos. Mención especial merece la referencia a Vilcahuaura, pequeño curacazgo dependiente de Huaura; y situado en su valle, que desaparecido como tal con el virrey Toledo conservó su nombre hasta nuestros días, que lo ostenta una hacienda, y en cuyo territorio se han efectuado no pocas prospecciones arqueológicas por la manifiesta riqueza que debió tener en el pasado. Se concluye el estudio con la referencia a los mitos, que como suele ocurrir descansan sobre una base real, y que en este caso se manifiesta en la rivalidad con Pachacama, o sea, con los pobladores del Sur, y una relación con la sierra, acusada por el dios del guano, a la que no debió ser ajena la conquista incaica y sus movimientos de *mitmaq*.

La segunda parte se dedica al estudio pormenorizado del señorío de Canta en el siglo XVI a partir de las informaciones proporcionadas a raíz de las visitas de 1549 y 1553. De Canta, en el río Chillón, se narra su evolución territorial y su progresiva importancia en relación con Atavillos en época colonial, y de sus siete *ayllus*: Canta, Locha, Carna, Visca, Lachaqui, Copa y Esquibamba, aunque pudo haber otro más; cuya vida interna, pueblos comunales y peculiaridades se estudian en detalle, al igual que la organización política, la administración incaica y las sucesiones de los curacas —tema en el que desde hace tiempo viene trabajando la autora— para terminar con las relaciones míticas y los significados que las mismas entrañan en cada una de las regiones estudiadas.

Dos nutridos apéndices documentales con la edición de fuentes de primera mano, escrupulosamente transcritas y cuya importancia es excepcional para el conocimiento de las poblaciones costeñas en los

primeros años de colonización, completan el magnífico trabajo que se cierra con un índice documental y selecta bibliografía. Siempre que la comprensión del texto así lo exige, se ofrece al lector la ilustración adecuada, el mapa de referencia o el cuadro de datos elaborados por la autora.

Con la edición de este nuevo libro María Rostworowski contribuye decisivamente no sólo al más preciso conocimiento de la costa central en el área comprendida entre los valles de Chillón a Lurín, desde sus nacimientos hasta el Pacífico, sino que revalida un método de trabajo, estimula a la utilización de fuentes muy diversas, sin cesar en el empeño de encontrar los datos precisos, y no duda en usar de la arqueología, bien sea para completar procesos o para ratificar hipótesis, en un alarde de conocimiento de las culturas costeñas peruanas, de tenacidad, de paciencia e inteligencia, sobradamente demostradas tanto en los archivos como en sus frecuentes trabajos de campo, y de todas conocidas a través de su ya larga producción bibliográfica.

Nuevos planteamientos de viejos problemas abren posibilidades de líneas de investigación etnohistórica que no dudamos estimularán a cuantos se asomen a las páginas de una obra de imprescindible lectura para el conocimiento del Perú indígena.

Lorenzo Eladio LÓPEZ Y SEBASTIÁN

ESTEVA FABREGAT, Claudio. *Cultura, Sociedad y Personalidad*. Ed. Promoción Cultural, S. A. Barcelona, 1978, 342 pp.

Catedrático de Antropología Cultural de la Universidad de Barcelona el autor, recoge en este libro diversas conferencias pronunciadas durante sus primeros años de actividad docente en la Universidad.

La experiencia psicoanalítica obtenida durante los años comprendidos entre 1953 y 1954, cuando en calidad de antropólogo formaba parte del grupo que, dirigido por Erich Fromm, trabapaba en aspectos de entrenamiento psicoanalítico, le permitió posteriormente impartir cursos en la Escuela Nacional de Antropología e Historia de México y en el Curso de Postgraduados de Psiquiatría en la Universidad Nacional Autónoma de México. Asimismo, inició en dicha Universidad la cátedra de Cultura y Personalidad en la que expuso a través de seminarios y clases todo el bagaje práctico y teórico adquirido durante sus experiencias con Fromm y con sus compañeros psiquiatras.

Desde una óptica psicologizante considera al antropólogo que trabaja en Cultura y Personalidad, como un antropólogo profundo, ya que su actuación empírica no se reduce únicamente a la observación y análisis de los datos visualizados, sino que básicamente se inclina a diagnosticar los hechos visualizados como pertenecientes a una estructura

cuyos materiales están plenamente relacionados por la constante actuación de lo orgánico y de lo supraorgánico en una misma unidad de representación en el individuo y en los grupos sociales de una determinada sociedad.

Los capítulos dedicados a «Cultura, Sociedad y Salud mental», «Etnopsicología y estudio de valores», «el concepto de modelo» y «la Teoría de la personalidad cultural» que junto con un estudio dedicado a «Críticas, opciones y perspectivas» que conforman el libro, están englobados desde la perspectiva de que Culutra y Personalidad continúan siendo una configuración estructural de formas de vida vistas en función de los modelos etnográficos, intentando explicar lo etnológico y lo psicológico como conceptos de una misma realidad empírica.

La tarea más importante para una antropología psicológica, afirma Esteva Fabregat, consistiría en establecer los grados de determinismo relativo, en función de un comportamiento de la personalidad como categoría abstracta de una misma realidad. En un futuro inmediato lo que aparece como indispensable es elaborar métodos o técnicas capaces de producir etnografías del subconsciente que se complementen con las actuales del consciente. Sólo haciéndolo así se logrará establecer la dimensión objetiva de la personalidad en su contexto ambiental. Como conclusión se aporta en este libro la tesis de que lo que importa es determinar en su sentido una estructura de personalidad que sólo puede ser una unidad orgánica única con la cultura y con su medio externo.

Juan Sebastián GARCÍA MORCILLO